

Centroamérica: movilidad y supervivencia familiar antes de la migración masiva a Estados Unidos en 1980

Ricardo Castellón

Universität zu Köln

Introducción

Solo a mediados de la década de 1980, autores de disciplinas como la antropología, la economía y la sociología comenzaron a resaltar el papel de las familias como principales agentes en las decisiones migratorias (González-Ferrer 2008, 4). La “Nueva Economía de la Migración Laboral” expondría claramente que las familias desarrollan estrategias económicas (no solo relativas a las remesas, sino también la emigración de solo algunos miembros o el retorno), tanto para maximizar ingresos como para minimizar riesgos. Douglas Massey introdujo entonces el concepto de las “redes sociales” que, entre otras cosas, alteran las estrategias familiares de supervivencia (Massey 1987, 1374). Desde ahí, los estudios migratorios han evolucionado en diversos sentidos, incluyendo las decisiones de migrar, la forma en que opera la reunificación de los integrantes del núcleo familiar o la implementación de las nuevas relaciones familiares (reagrupación, transnacionalismo).

Este artículo parte de una investigación mayor en proceso, se ocupa de estudiar estrategias de supervivencia a que recurrieron las familias centro-americanas antes del inicio de la década de 1980, pasado inmediato de la masiva migración contemporánea. Para ello, adopta el concepto de “estrategias de supervivencia” (Torrado 1981 y Hintze 1989) o “estrategias familiares de vida”, como “estrategias planificadas” o “deliberadas” de las familias para sobreponerse a la pobreza. El concepto cobró auge en América Latina rondando la década de 1970 y autores como Lomnitz (2001) y Massa (2010) lo han renovado, extendiéndolo a ámbitos como la vinculación entre lo material y lo biológico, la reproducción de los sujetos sociales, los comportamientos sociales y demográficos y las formas de reproducción social con foco en la mujer. Poco se ha observado el pasado histórico a través de las estrategias de supervivencia (Moser 2009, 64) y, poco menos,

en Centroamérica (Castellón 2021, 2). Aspectos relativos a las estrategias migratorias familiares, en cuyo caso se toma por marco a González-Ferrer (2008), también son abordados aquí, si bien su profundización es tarea pendiente de la referida investigación de la cual este artículo forma parte.

Con estudios como el de Montes (1987) en la década de 1980, Centroamérica puede preciarse como una de las regiones que más pronto iniciaron el estudio de la relación entre familia y migración. Sin embargo, la región aún está a la zaga respecto de estudios históricos sobre familia y migración moderna. En el presente artículo se comprende a la migración como un fenómeno inherente a la movilidad, tomando por marco principal a Sheller y Urry (2006), Glick Schiller y Salazar (2013), que la definen como un fenómeno multidireccional, diverso, que junta conexiones humanas, espacio, materialidad y afectos (Sheller y Urry 2006, 7-8) y fuertemente vinculado a las estructuras de desigualdad social global. El relativamente nuevo campo de estudios de las movilidades une pasado y presente como parte de esas conexiones, reforzando su utilidad para observar la historia centroamericana. Sin embargo, los trabajos que reúnen información sobre la movilidad de la familia centroamericana en el siglo xx y sus ajustes como estrategia para sobrevivir no son numerosos. Entre los consultados aquí se encuentra los de Cohen (1979), Menjívar (2000), Stoltz y Hamilton (2001), Baker-Cristales (2004) y Córdova (2005). Estos estudios remiten al U.S. Bureau of the Census y el U.S. Department of Justice, Immigration and Naturalization Service, de Estados Unidos, cuya información es limitada para la época, pero útil. Mayor auxilio han prestado informes de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE). Si bien en ellos se reconoce que la familia latinoamericana era un sujeto “relativamente poco estudiado” en la década de 1960 (CEPAL 1993, 23), momento en que estos organismos especializados en la economía, sociedad y demografía latinoamericana iniciaron operaciones. Vale decir que, como parte de la investigación que lleva a cabo el autor, referida a la historia de la movilidad de la familia centroamericana desde el siglo xviii, este artículo acude a otras fuentes de esa procedencia.

La familia de la migración centroamericana

Son múltiples los estudios sobre la familia latinoamericana que llaman a abandonar la idea de una institución inmutable (Arriagada 2018, 43). Empero, desde al menos el siglo XVIII (Castellón 2021) hasta el XX, pueden advertirse en la familia centroamericana tanto maleabilidad como permanencia. La era colonial heredó a la época republicana un modelo de familia que además de una categoría legal, se caracterizaba por el pragmatismo y la laxitud necesarios para sobrellevar la marginalidad económica periférica. La familia fue desde entonces más bien un hogar, con familias nucleares (padre-madre-hijos) seguidas de familias extendidas o extensas, integradas por miembros anexos a las unidades nucleares. El conocimiento detallado de estas familias en el siglo XIX es todavía un tema pendiente, pero a mediados del siglo XX la CEPAL expresaba que en la composición de los hogares latinoamericanos se había mantenido la tendencia de decenios anteriores (CEPAL 1993, 23), en que predominaba la referida tendencia. En el estudio de la familia americana, el modelo de familia nuclear no era el único modelo que debía tenerse en cuenta “aunque la mayor parte de las familias sean nucleares” (CEPAL 1993, 24).

De acuerdo con Susan de Vos (1987), la composición del hogar en cualquier momento del tiempo es el resultado de determinadas condiciones socioeconómicas, de la disponibilidad de parientes con los cuales cohabitar y solo, en tercer lugar, de las normas de formación de un hogar. De esta manera, en Centroamérica vivir en una familia extensa pudo obedecer a una estrategia de supervivencia de las mayorías pobres (De Vos 1987, 24). Así, la sobrevivencia se remonta mucho tiempo atrás entre las familias centroamericanas, en especial entre las más desfavorecidas. La imbricación de la familia extendida con la movilidad redundaría en asegurar el sustento mediante el apoyo, reflejado tanto en el sistema de cuidados de quienes se quedaban (usualmente los infantes) como en el compromiso de los que se iban por ayudar a aquellos, enviar por ellos (recurriendo a la emigración en cadena) y reconstruir el núcleo original (González-Ferrer 2008, 50); o, en su defecto, rehacer una familia tomando por patrón el modelo familiar conocido.

Ese patrón tenía al hombre por cabeza de familia. Cultura y economía lo legitimarían en el patriarcado. El rol proveedor de sustento de este individuo condujo históricamente a ser el primer llamado a migrar, mientras la mujer se ocuparía del hogar y los hijos. Este orden jerárquico, el ejemplo

más irrefutable de la existencia de la inequidad no solo en el entorno, sino en el mismo seno familiar, entró en conflicto con la presión externa y la necesidad de involucrar a todos los miembros de la familia en actividades económicas para asegurar la subsistencia. La aspiración de movilidad social que motivó ajustes internos en la familia en términos de jerarquía, poder y afectividad (CEPAL 1993, 31), condujo históricamente en Centroamérica a que la mujer tomara un rol más activo en el hogar, así como al trabajo de infantes y ancianos.

La legitimación del predominio masculino provocó que la inestabilidad matrimonial, la poligamia y la ilegitimidad fueran otra constante en la familia centroamericana. La búsqueda de movilidad social y la movilidad geográfica agravaron estas y otras prácticas no solo en el orden cultural, sino también biológico y emocional, como las uniones consensuales, la unión relativamente temprana de las parejas y la maternidad temprana. La información de los siglos XVIII y XIX indica que factores como el miedo a un futuro en soledad, la optimización de la edad reproductiva o la apuesta a la mejora social a través del matrimonio, motivaron algunas de estas conductas (Castellón 2019, 388). Los riesgos, en cualquier caso, eran inminentes. La unión desprovista de asideros emocionales conducía a separaciones, infidelidades e ilegitimidad. Agravaban las cosas el tener hijos en edades tempranas (la edad promedio de las madres, entre 1950 a 1960 fue de 18 a 21 años en América Latina y es muy posible que haya sido menor en Centroamérica). Respecto de la ilegitimidad, las uniones no matrimoniales en la era colonial alcanzaron un 40% y entre 1950 y 1960 fueron de 46,7% en Guatemala, 43,9% en Honduras y 41,3% en El Salvador. A mediados del siglo XX los índices llegaron incluso a superar a las uniones consensuales registradas. En 1965 se decía que el número de hijos no legítimos en El Salvador, por ejemplo, era “francamente abrumador”, pues fluctuaba entre el 70 y 75% (ONU 1965, 24).

Todo lo anterior favoreció la desvalorización moral y laboral de la mujer que, en muchos casos, se vio empujada al subempleo o a empleos de menor categoría (Castellón 2019, 284; CEPAL 1993, 28-31), sin contar con la marginalidad sexual. El trabajo infantil y de los ancianos se hizo una práctica común, así como el subempleo, la delincuencia o la mendicidad. El apremio de la supervivencia se expresaba en las bajas expectativas de vida. En 1975, la esperanza de vida al nacer era de 52,9 años en Guatemala, 57,8 en El Salvador y 53,4 en Honduras (CEPAL 1976, 87-99).

Primera mitad del siglo xx

El predominio de la sociedad agraria y sus inequidades, así como el poder demandante de las regiones productivas, sugiere que los movimientos poblacionales en Centroamérica ocurrieron hasta inicios del siglo xx, siguiendo, más o menos, las pautas coloniales: entre localidades, en zonas con tierras disponibles y, en menor medida, en destinos distantes. La predominancia masculina como principal mano de obra se mantuvo vigente, en el marco de medidas legisladas que obligaban al trabajo y cuyo discurso moralizante (contra la “vagancia”) se parecía mucho al de la era preindependentista. Pero igualmente notable fue el desplazamiento de familias enteras. Todo indica que esta práctica, también de herencia colonial, se incrementó con el desarrollo de cultivos como el café, alterando para el caso, el calendario escolar para facilitar la incorporación de mano de obra infantil a la cosecha cafetalera (Pérez Brignoli y Samper 1994, 197), una circunstancia que se mantiene en la actualidad.

Pero además de la movilidad familiar temporal para tiempos de cosecha, la expansión de cultivos intensivos como el café condujo en Centroamérica a la concentración de la propiedad de la tierra y el uso de sistemas de trabajo forzado a la par del trabajo familiar en la parcela de subsistencia (Pérez Brignoli y Samper 1994, 42). En países como El Salvador, con mayor densidad poblacional y donde la “válvula de escape” de colonizar zonas periféricas del país (como en Costa Rica) se fue reduciendo a mediados del siglo xx, y la subsistencia familiar a través de la tierra (propia o arrendada) se hizo un desafío. Así, la movilidad tradicional mutó a desplazamientos a tierras fronterizas. El censo de Honduras de 1950 mostraba que en los departamentos fronterizos estaba el 74% de los inmigrantes guatemaltecos, el 59% de los nicaragüenses y el 22% de los salvadoreños. Para la misma época, el 51% de los inmigrantes de Nicaragua estaban en provincias fronterizas de Costa Rica y el 75% de los migrantes hondureños se encontraban en provincias fronterizas de Nicaragua (Elizaga 1999, 3). La cantidad es pequeña en el caso salvadoreño, pero debe considerarse que ya entonces el país poseía la más alta densidad poblacional en América continental. Las plantaciones de banano hondureñas, que entre 1925 y 1939 generaban entre el 80 y el 95 por ciento de la participación de este producto dentro del total de las exportaciones del país (ONU 1965, 162), se convirtieron en el destino de campesinos salvadoreños, más que de otros en Centroamérica. Entre 1950 y 1960 el movimiento de salvadoreños a Honduras fue el único

movimiento migratorio importante que se intensificó en Centroamérica (Elizaga 1999, 6) y un estudio llevado a cabo por la CELADE en 1950, indicaba que, respecto de la cantidad de migrantes en América Latina, El Salvador estaba en segundo lugar (después de Colombia), y que, en tercer lugar, se ubicaba Nicaragua.

El estudio de 1950 identificaba dos modalidades de desplazamiento: el de predominancia masculina y el que equilibraba a hombres y mujeres, afirmando que del primer tipo parecían ser los movimientos de El Salvador a Honduras y de Nicaragua a Costa Rica. Sin embargo, el informe reconocía contar con datos censales reducidos. Todo parece indicar que la movilización familiar llegó a cobrar relevancia en el caso de los salvadoreños hacia Honduras. La movilidad de la familia entera permitió en general mantener la estructura del grupo. Los asentados pudieron estimular la migración en cadena de otras familias o de la familia extendida y apoyar su asentamiento. Con la ocupación de los adultos hombres en los cultivos intensivos y, en alguna medida, de las mujeres, la ocupación del resto de miembros en la parcela familiar habría sido vital para la supervivencia.

En el resto de países centroamericanos, continuó el predominio del desplazamiento masculino, que pudo deberse a la migración de trabajadores agrícolas a zonas y en condiciones poco propicias para los movimientos de familias (Elizaga 1999, 6). Lo mismo ocurrió con el movimiento hacia Estados Unidos, el destino lejano más acostumbrado de la época. La información disponible es dispersa, incompleta o solo anecdótica. Incluso el otrora Servicio de Migración y Naturalización estadounidense (Immigration and Naturalization Service, INS) “solamente comenzó a llevar registros detallados de las migraciones centroamericanas después de 1932” (Córdova 2005, 60). Se sabe, empero, que producto de la expansión del comercio estadounidense, centroamericanos, y principalmente salvadoreños (si bien mayoritariamente cultivadores y comerciantes), se trasladaron a San Francisco, que a inicios del siglo xx era el principal centro procesador del café centroamericano (Menjívar 2000, 10). También como resultado de la expansión comercial norteamericana en Centroamérica, hondureños y otros centroamericanos arribaron a Nueva York y Nueva Orleans en la primera mitad del siglo xx. Algunos de los primeros hondureños del siglo xx emigrando a Estados Unidos eran miembros del grupo *garífuna* que trabajaba en los botes bananeros o en otras áreas de la industria frutera e interactuaba con los ciudadanos estadounidenses a través de los negocios. Esto condujo a la creación de una comunidad considerable en Nueva Orleans, un puerto

bananero importante. Como sucedió en el caso de El Salvador, pareciera que entre estos inmigrantes tempranos había miembros de la clase media hondureña, y que contaban con algunas habilidades profesionales vinculadas a la industria estadounidense bananera. En esta etapa temprana, la mayoría de los migrantes trabajarían en el servicio doméstico, el sector industrial o facilitando los negocios de importación o exportación en Estados Unidos (Reichman 2011, 42).

Por los mismos años, centroamericanos que habían trabajado en la construcción del canal de Panamá y luego para líneas navieras estadounidenses y astilleros de San Francisco durante la Segunda Guerra Mundial, se ubicaron en esa ciudad estadounidense. Por su parte, la United Fruit Company contrató a hondureños para la marina mercante, lo que vigorizó la migración a ciudades portuarias de Estados Unidos (Stoltz y Hamilton 2007, 329). Las rutas marítimas entre Centroamérica y San Francisco también se alimentaron de trabajadores centroamericanos durante y después de la Segunda Guerra Mundial, en que los astilleros y las industrias de guerra continuaron reclutando principalmente nicaragüenses y salvadoreños ante la escasez de mano de obra. En el caso de los segundos, se trató de cinco mil individuos entre 1941 y 1950, una cantidad que ya contrastaba mucho con los solo 673 salvadoreños que habían emigrado oficialmente a Estados Unidos durante el período de 1931-1941 (Baker-Cristales 2004, 42).

En las décadas de 1940 y 1950, más centroamericanos llegaron al área de Los Ángeles como parte del programa *bracero* (programa de Estados Unidos que permitía el reclutamiento temporal de trabajadores mexicanos). Varios centroamericanos reclamaron la ciudadanía mexicana para poder formar parte del programa, lo que también los condujo a radicarse tanto en California como en otros estados que albergaron a migrantes mexicanos (Hamilton y Stoltz 2001, 44).

De esta forma, los migrantes centroamericanos que arribaron a Estados Unidos antes de la década de 1970, encontraron en California y, particularmente, en San Francisco, importantes comunidades de salvadoreños y nicaragüenses (Córdova 1996, s.p.). Al igual que California, estados como Washington, Nueva York, Texas o Florida se convirtieron en destino de inmigrantes, si bien no se cuenta con datos concretos en tal sentido (Córdova 1996, s.p.).

Poco se sabe de estos individuos y sus familias, pero es muy posible que, como la reagrupación, muchos se unieran a mujeres de diversas procedencias en Estados Unidos y procrearan hijos. Cabe suponer que también

operó la migración en cadena y el apoyo en la radicación de los recién llegados. Al parecer, la distancia, a pesar de los avances tecnológicos, incidió en que el número de migrantes se mantuviera bajo. Un rastreo de estos individuos y los ajustes familiares producto de la movilidad geográfica es un tema tan apasionante como pendiente y necesario.

Los cambios de mediados del siglo xx

La Segunda Guerra Mundial y la posguerra condujeron a Centroamérica a una era de modernización basada primordialmente en la diversificación de la agricultura de exportación y el desarrollo de la industria, especialmente, en Guatemala y El Salvador. Esto derivó en transformaciones en los patrones de migración a inicios de la década de 1950 (Hamilton y Stolz 2001, 26), que se pueden distinguir por la migración campo-campo, campo-ciudad, entre países centroamericanos y entre estos y Estados Unidos como principal destino.

La migración campo-campo estuvo determinada por la expulsión de la población de las áreas agrícolas destinadas a la exportación hacia zonas de subsistencia en otros puntos de los respectivos países. El final de proyectos de reforma agraria (que tuvieron su máxima expresión en el proyecto de Jacobo Árbenz entre 1945-1954) y la modernización de la agricultura, en Guatemala, El Salvador y, medianamente, en Honduras, también incidió en la migración interna. En Guatemala, particularmente, la migración se expresó con el desplazamiento poblacional a regiones de cultivo del algodón, de producción bananera y nuevas áreas de colonización y frontera (CSUCA 1978, 83-114, 311-312), lo que hizo que los niveles de migración interna se duplicaran entre 1950 y 1973.

El cambio migratorio más importante del período fue la movilidad rural-urbana. En 1950 América Latina y el Caribe era una región rural y agrícola; treinta años después, el porcentaje de población ocupada en la agricultura pasó de 55% en 1950 a 32% (CEPAL 1993, 21). Ciudades como Guatemala, San Salvador y San José principalmente crecieron considerablemente (CSUCA 1978, 82-89; Achaerandio 1983, 4). Para el caso, San Salvador atrajo casi tres cuartas partes de los nuevos inmigrantes, el 40% de ellos solo en la década de 1950 (CSUCA 1978, 73-75).

En el resto de países centroamericanos la migración continuó siendo predominantemente rural-rural. En Honduras, la industria del café, el

ganado y el algodón experimentaron un auge en las décadas de 1960 y 1970, suscitando un gran desplazamiento de campesinos en la parte sur del país. A Honduras favoreció adicionalmente su baja densidad poblacional, de manera que las personas desplazadas pudieron encontrar con más facilidad lugares nuevos y escasamente poblados para reasentarse. Con una situación completamente diferente y desfavorable, la migración de campesinos salvadoreños a Honduras continuó creciendo, tanto que para la década de 1960 se estimaba en 300 mil la cantidad de individuos en Honduras (Durham 1979, 59, 124-125). Además de las bananeras, el destino comprendió “tierras sin roturar, que supuestamente le pertenecían al Estado hondureño” (PNUD 2005, 16). Así, el otro patrón migratorio predominante en Centroamérica incluyó a los países vecinos, destacando la movilidad de El Salvador a Honduras y de Nicaragua a Costa Rica (CEPAL 1976, 19).

A inicios de la década de 1970 la modernización industrial y agrícola finalizó en crisis. El desarrollismo fue incapaz de absorber la creciente fuerza de trabajo y los migrantes tuvieron que recurrir a la economía informal, que de 1961 a 1975 casi se triplicó en el caso salvadoreño (Menjívar 2000, 44). Con la precariedad crecieron el alcoholismo, la violencia y el crimen, el empleo infantil y la prostitución. La familia se vio altamente vulnerada por la supervivencia. Los efectos de la crisis también repercutieron en el campo, donde la pobreza se profundizó y cerca del 40% de la población económicamente activa se vio privada de un trabajo normal. La deuda externa pública creció 35 veces entre 1960 y 1977 (Torres Rivas y Jiménez 1985, 34-44). Del impacto industrializador se benefició muy poco Honduras, cuyo gobierno expulsó a cerca de 200 mil salvadoreños en el marco de la guerra con El Salvador, evento que frustró definitivamente las perspectivas del llamado Mercado Común Centroamericano (MCCA)

La crisis condujo a un incremento de la migración hacia Estados Unidos, mayor al iniciado en la década de 1960 (Córdova 2005, 60). La movilidad con aquel destino creció en cantidad, pero también en calidad. Los Ángeles fue importante prototipo del fenómeno. Al arribo a la ciudad de individuos de la clase media en pequeño número, siguió una cantidad incremental de personas de la clase trabajadora de El Salvador y Guatemala (Hamilton y Stolz 2001, 45), así como grupos mayas guatemaltecos. Para 1976 ya se afirmaba que Estados Unidos era el país que más migrantes latinoamericanos atraía. La cifra de 117 450 latinoamericanos inmigrantes entre 1950 y 1954, subió a 661 516 entre 1965 y 1970 (GIE 1978, 186).

Caracteriza este período, y constituye una ruptura con el rol tradicional masculino en la migración centroamericana, que entre los migrantes sobresalieran las mujeres (Tabla 1).

TABLA 1. Inmigrantes de algunos países de Centroamérica aceptados en Estados Unidos, 1974

| País de nacimiento | 20-29 años | | 30-39 años | | 40-49 años | | 50-59 años | | Totales |
|--------------------|------------|---------|------------|---------|------------|---------|------------|---------|---------|
| | Hombres | Mujeres | Hombres | Mujeres | Hombres | Mujeres | Hombres | Mujeres | |
| El Salvador | 286 | 413 | 132 | 206 | 55 | 117 | 27 | 69 | 1305 |
| Guatemala | 297 | 372 | 102 | 131 | 27 | 59 | 16 | 57 | 1061 |
| Honduras | 145 | 262 | 79 | 117 | 28 | 64 | 11 | 42 | 748 |

Fuente: Elaboración propia con base en U.S. Immigration and Naturalization Service, Annual Report, 1974, pp. 45-46.

Las mujeres también superaban a los hombres en edad (32,4 años frente a 29,7 años de los hombres). De hecho, muchas eran solteras, pero otras eran cabezas de familia que necesitaban mantener a sus hijos, o mujeres casadas con hijos cuyos ingresos familiares eran inadecuados, a menudo debido al desempleo, la discapacidad o el alcoholismo del marido (Zentgraf 2002, 633-634). Este caso demuestra cómo en la movilidad social centroamericana la mujer ha llegado a tener un rol más activo y transformador de las relaciones familiares tradicionales. Falta profundizar en las consecuencias de la migración de estas mujeres en la familia y en los mecanismos de movilidad geográfica de sus hijos y maridos para la reconstrucción familiar o la construcción de una nueva familia.

Excepto por la migración femenina hacia Estados Unidos, la movilidad geográfica de la segunda mitad del siglo xx se caracterizó por la migración masculina y la alta incidencia de migrantes jóvenes. A pesar de que la tarea algodonera podía incluir a mujeres y hasta niños (como continuaba siendo la del café), esta movilizó sobre todo a hombres solteros (ONU 1965, 7). Por otra parte, hay razones para pensar que la mayoría de migrantes de esta etapa eran jóvenes. Para 1950, la juventud se había acentuado y el porcentaje de menores de 15 años había aumentado hasta cerca de 45% en El Salvador y pasó de 48% en Nicaragua (CEPAL 1966, 2). Para 1964, la población menor de 15 años en Guatemala era de 46,1%, superando

los índices de 1950 (42,3%). Sin embargo, ser joven no era garantía de un futuro mejor. En Guatemala, la expectativa de vida rondaba los 40 y 46 años, en El Salvador, los 48 y 52, en Honduras, los 45 y 50, en Nicaragua, los 50 y 55, y en Costa Rica, los 56 y 62. Esto pudo motivar la adopción de estrategias biológicas de supervivencia como la optimización de las capacidades reproductivas, con la unión y la maternidad temprana, derivando en uniones y embarazos tempranos, hijos ilegítimos y familias rotas, así como nuevas familias, producto de la movilidad. La juventud, cuya vitalidad la hacía buena candidata para el trabajo y la movilidad social, optaba por la movilidad geográfica. La supervivencia se imponía. En 1963, se decía que en América Latina los factores demográficos se presentaban más favorables para la movilidad de la mano de obra, no así para las condiciones de la capacitación profesional (Elizaga 1969, 4). Esta constante en la falta de oportunidades para los jóvenes y para los migrantes en general habría conducido que en el siglo xx, la migración centroamericana no fuera, en esencia, de retorno.

A finales de la década de 1970, los patrones migratorios centroamericanos cambiaron como resultado directo de las condiciones económicas, sociales y políticas. Las razones para migrar fueron cada vez más políticas. Tanto el somocismo como el triunfo sandinista en Nicaragua estimularon la emigración desde ese país. Pero sobre todo salvadoreños de sectores medios y bajos iniciaron una migración masiva hacia los países vecinos y a Estados Unidos. En ese caso, a diferencia de los migrados antes de 1979, la constante fue la ilegalidad. La sobrevivencia en su mayor expresión se impuso, extremando las decisiones relativas a los ajustes familiares. Los hombres comenzaron a superar a las mujeres (Hamilton y Stolz 2001, 47), las cifras incluyeron familias fragmentadas o completas. Más que otra cosa, se trató de jóvenes huyendo de la persecución política o el reclutamiento forzoso; en muchos otros, los parientes enviaban a sus hijos para vivir con un familiar en Estados Unidos; en otros, no había destino claro. Comenzaba el período de la gran migración centroamericana.

Conclusiones

Para inicios de 1980, se reconocía que el problema de la desintegración familiar ya era bastante profundo y grave (Montes 1987, 131); pero todo indica que no era un fenómeno desconocido en Centroamérica. Las dificultades

de movilidad social ascendente para una extensa mayoría poblacional, han hecho, históricamente, de la movilidad espacial un recurso permanente en Centroamérica. Las necesidades de desplazamiento fueron proporcionales a las posibilidades de movilidad social. Las posibilidades de desplazamiento estuvieron siempre en dependencia de las capacidades de los individuos y de las condiciones que ofreció cada momento histórico. La permanencia de estas pautas permite elaborar un perfil de la familia centroamericana que la acompañó históricamente en su movilidad. La búsqueda de la mejora, acompañada de la disputa de los reducidos espacios para sobrevivir o desarrollarse, las limitaciones educativas, que reducen aún más los espacios de movilidad social, el arraigo de las prácticas familiares y sus inequidades, así como su reproducción, han conducido históricamente a un modelo de familia criticado por su falta de solidaridad y cohesión.

El período estudiado ilustra cómo estas conductas son resultado lógico de una familia expuesta a profundas inequidades y el apremio por sobrevivir, pero además, resistente a los embates de las dificultades gracias al involucramiento de todos sus miembros en la supervivencia, la búsqueda de la unión más allá de la convención, la diligencia femenina, los sistemas de cuidado, gracias a la familia ampliada o extensa. El apremio de sobrevivir, que implicó el sacrificio familiar, pudo compensar tanto adversidades como el peso de aspectos negativos que, sin duda, operaron como un lastre. Los ajustes, en cualquier caso, solo serían un anticipo del período más intenso que estaba por venir en la década de 1980, en que las posibilidades reales de superar los apremios de la supervivencia se alejaron, junto a la posibilidad de transformaciones positivas dada la caracterización de la familia centroamericana.

Bibliografía

- ACHAERANDIO, Luis. 1983. "Introducción al problema de los refugiados en El Salvador". *Boletín de Psicología* 2: 83-114.
- ARRIAGADA, Irma. 2018. "Familias y hogares en América Latina". *Hogares y trabajadores en México en el siglo XXI*, editado por Jéssica Nájera *et al.* Ciudad de México: El Colegio de México.
- BAKER-CRISTALES, Beth. 2004. *Salvadoran Migration to Southern California. Redefining El Hermano Lejano*. Gainesville: University Press of Florida.
- CASTELLÓN, José Ricardo. 2019. *Secretos de familia. Familia y movilidad en El Salvador colonial*. San Salvador: UCA.

- . 2021. “Estrategias de supervivencia y emociones. Unión informal y matrimonio en el Pacífico colonial centroamericano”. *Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe* 18(1): 1-32.
- COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE (CEPAL). 1976. *Desarrollo y política social en Centroamérica*. Ciudad de México: ONU.
- . 1993. *Cambios en el perfil de la familia: la experiencia regional*. Santiago de Chile: ONU.
- COHEN, Lucy M. 1979. *Culture, Disease, and Stress among Latino Immigrants*. Washington, D.C.: Research Institute on Immigration and Ethnic Studies.
- CÓRDOVA, Carlos. 1996. “Central American Migration to San Francisco: One Hundred Years in Building a Community”. *Central Americans in California: Transnational Communities, Economies and Cultures*, editado por Nora Hamilton y Norma Stoltz Chinchilla. Los Angeles: University of Southern California.
- . 2005. *The Salvadoran Americans*. London: Greenwood Press.
- CONSEJO SUPERIOR UNIVERSITARIO CENTROAMERICANO (CSUCA). 1978. *Estructura agraria, dinámica de población y desarrollo capitalista en Centroamérica*. San José: EUCA.
- DE VOS, Susan. 1987. “Latin American Households in Comparative Perspective”. *Population Studies* 41(3): 501-517
- DURHAM, William H. 1979. *Scarcity and Survival in Central America: Ecological Origins of the Soccer War*. Stanford: Stanford University Press.
- ELIZAGA, Juan. 1969. *Población y migraciones: América Latina y el Caribe*. CELADE, serie A, n.º 96. Santiago de Chile: CELADE.
- GONZÁLEZ-FERRER, Amparo. 2008. *Estrategias familiares y laborales en la emigración: reagrupación familiar, elección de parejas y empleo de los inmigrantes en el país de destino*. Madrid: CES.
- GLICK SCHILLER, Nina, y Noel B. SALAZAR. 2013. “Regimes of Mobility across the Globe”. *Journal of Ethnic and Migration Studies* 39(2): 183-200.
- GRUPO INTERNACIONAL PARA LA EVALUACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN EN CIENCIAS SOCIALES SOBRE POBLACIÓN Y DESARROLLO (GIE). 1978. *Investigaciones sociales relevantes para políticas de población en América Latina*. Santiago de Chile: CELADE.
- HINTZE, Susana. 1989. *Estrategias alimentarias de sobrevivencia. Un estudio de caso en el Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: CEAL.
- LOMNITZ, Larissa Adler de. 2001. *Redes sociales, cultura y poder. Ensayos de antropología latinoamericana*. Ciudad de México: Porrúa.
- MARYANSKI, Alexandra, y Jonathan TURNER. 1992. *The Social Cage: Human Nature and the Evolution of Society*. Stanford: Stanford University Press.
- MASSA, Laura. 2010. “Estrategias de reproducción social y satisfacción de necesidades: parte I ‘Controversias conceptuales, polémicas prácticas’”. *Perspectivas sociales* 12(1): 103-140.
- MASSEY, Douglas S. 1987. “Understanding Mexican Migration to the US”. *American Journal of Sociology* 92: 1372-1403.
- MENJÍVAR, Cecilia. 2000. *Fragmented Ties. Salvadoran Immigrant Networks in America*. Berkeley/Los Angeles: University of California Press.
- MONTES, Segundo. 1987. *Salvadoreños refugiados en los Estados Unidos*. San Salvador: IDHUCA.
- MOSER, Caroline O. N. 2009. *Gente del barrio, vidas extraordinarias. Activos y reducción de la pobreza en Guayaquil 1978-2004*. Santiago de Chile: Sur.

- ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS (ONU). 1965. *La situación social de la infancia y la juventud en El Salvador. Dificultades del desarrollo, presentado por la División de Programación del Desarrollo Social*. Santiago de Chile: CES.
- PÉREZ BRIGNOLI, Héctor. 1990. *Breve historia de Centroamérica*. Madrid: Alianza.
- PÉREZ BRIGNOLI, Héctor, y Mario SAMPER. 1994. *Tierra, café y sociedad. Ensayos sobre historia agraria centroamericana*. San José: FLACSO.
- PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (PNUD). 2005. *Informe sobre Desarrollo Humano El Salvador 2005*. San Salvador: Albacrome.
- REICHMAN, Daniel R. 2011. *The Broken Village: Coffee, Migration, and Globalization in Honduras*. New York: Cornell University Press.
- SHELLER, Mimi, y John URRY. 2006. "The New Mobilities Paradigm". *Environment and Planning A* 38(2): 207-226.
- STOLTZ CHINCHILLA, Norma, y Nora HAMILTON. 2001. "Central America. Guatemala, Honduras, El Salvador". *The New Americans. A Guide to Immigration since 1965*, editado por Mary C. Waters y Reed Ueda, 328-329. London: Harvard University Press.
- TORRADO, Susana. 1981. "Sobre los conceptos de 'estrategias familiares de vida' y 'proceso de reproducción de la fuerza de trabajo': notas teórico-metodológicas". *Demografía y economía* 15(2): 204-233.
- TORRES RIVAS, Edelberto, y Dina JIMÉNEZ. 1985. "Informe sobre el estado de las migraciones en Centroamérica". *Anuario de Estudios Centroamericanos* 11(2): 25-66.
- U.S. IMMIGRATION AND NATURALIZATION SERVICE. 1974. *Annual Report*. Washington, D.C.: INS.
- ZENTGRAF, Kristine M. 2002. "Immigration and Women's Empowerment. Salvadorans in Los Angeles". *Gender & Society* 16(5): 625-646.